



Buenos Aires que surge, Pío Collivadino, 1920

Los ojos del tiempo. Breve ensayo a partir de *La hora del almuerzo*, de Pío Collivadino.

Yann Cristal

Ninguna obra de arte está escindida de su contexto histórico; por el contrario puede abrirnos la puerta del mundo que nos muestra o del que surge. En este breve artículo imaginamos posibles conexiones entre arte e historia a partir del cuadro *La hora del almuerzo*, que retrata a siete obreros de la construcción en la Buenos Aires de principios del siglo XX.

Pío Collivadino (1869-1945) fue un reconocido artista plástico argentino y su obra *La hora del almuerzo*, de 1903, se encuentra en una suerte de "salón de la fama" del Museo Nacional de Bellas Artes, junto a otros clásicos de la plástica nacional, como *La vuelta del malón* de Angel Della Valle o *Sin pan y sin trabajo* de Ernesto de la Cárcova. Como director de la Academia Nacional de Bellas Artes, Collivadino fue maestro de pintores como Lino Spilimbergo y Benito Quinquela Martín y también promovió la labor



Buenos Aires que surge, Pío Collivadino, 1920

de los llamados Artistas del Pueblo como Abraham Vigo o Guillermo Facio Hebequer, entre otros.

La mayor parte de la obra de Pío Collivadino nos habla de una sociedad en pleno proceso de transformación. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX se consolidaba en nuestro país la asociación entre las clases dominantes locales, vinculadas al latifundio y la exportación agropecuaria, con el capital extranjero que invertía en ferrocarriles, puertos y frigoríficos. En ese marco, y en un contexto de fuerte inmigración, la ciudad crecía velozmente. El título de una obra de Collivadino de 1920, *Buenos Aires que surge*, resume este interés por el florecimiento de la Capital como gran urbe industrial y portuaria. En otras pinturas suyas también nos encontramos con el Riachuelo, con puentes como el Alsina o el Victorino de la Plaza, o la flamante Usina Eléctrica construida en Dock Sud en 1910.

Muchos de estos paisajes urbanos reflejaban el trabajo corporizado

de miles de obreros de la construcción en Buenos Aires. Podría pensarse entonces que en *La hora del almuerzo*, el artista buscó retratar de qué manos brotaban los edificios de esa ciudad en crecimiento. No casualmente, Collivadino, hijo de italianos, nació y se crió en Barracas, barrio porteño con una fuerte composición de trabajadores e inmigrantes.

Desde un análisis formal, *La hora del almuerzo* se destaca por su gran tamaño: 160,5 x 252 cm. La relación entre los lados del bastidor (1,57) iguala casi exactamente la proporción áurea, mostrando una preocupación por preservar ciertos elementos clásicos en la composición. También ejerce una poderosa atracción el uso de la luz y el color. El blanco irradia desde un objeto específico de la construcción como el pozo de cal, situado abajo y a la izquierda. La cal tiñe la vestimenta de los personajes y se combina con la claridad del mediodía en el que transcurre la escena. Las ropas de los personajes, aún gastadas y empobrecidas, son

vistasas y coloridas. El resultado es un cuadro luminoso y alegre, potenciado por la distensión del momento elegido: la hora del almuerzo en el que los trabajadores conversan y sonríen relajados. El hecho de que se retrate a algunos personajes de espaldas potencia la sensación de realismo e intimidad. Sin embargo, de los siete obreros retratados por Collivadino, hay uno que llama particularmente la atención: aquel situado a la derecha del cuadro. Su actitud es distinta a la del resto. Taciturno, algo apartado de los otros, no conversa





con nadie. Algo le preocupa. Sus ojos están cargados de una intensidad dramática. Lo bautizamos "el obrero de la mirada penetrante". La composición lo sitúa en un lugar importante. En primer lugar porque está más adelante del resto desde el punto de vista de quien observa el cuadro. En segundo lugar porque es posible pensar una lectura de forma horizontal, de izquierda a derecha. El obrero de la izquierda mira en dirección a sus compañeros como invitándonos a hacer lo mismo. Podemos imaginar entonces una suerte de *travelling* cinematográfico pasando por los diferentes personajes hasta llegar justamente a nuestro enigmático protagonista. Por último un análisis en torno a las proporciones (sin dudas importantes para Collivadino como señalamos), sitúa el rostro de este personaje en un lugar destacado. ¿Qué mira el obrero de la mirada penetrante? ¿En qué está pensando? Para dar una posible respuesta nos proponemos ir más allá del cuadro mismo.

En 1904, tan sólo un año después de que Collivadino pintara esta obra, apareció el *Informe sobre el estado de la clase obrera argentina* de Juan Bialet Massé. Aún escrito por encargo del presidente Roca, Bialet Massé describió minuciosamente las condiciones de miseria y explotación de los trabajadores en todos los rincones del país. Era un verdadero *fresco* sobre la situación de la clase obrera, sólo que en formato de libro. Por otra parte, en 1902 se organizaba la primera huelga de alcance nacional que conoció la Argentina. Entre los reclamos de los trabajadores estaba la reducción de la jornada laboral, reivindicación internacional a partir de la declaración del primero de mayo como Día Internacional de los Trabajadores en 1890. En su película *I compagni* (Los Compañeros, 1963) Mario Monicelli narra la historia de los obreros de una fábrica textil italiana a fines del siglo XIX. En una de las secuencias iniciales, se muestra justamente la hora del almuerzo. Al tratarse de una película, Monicelli

dispone antes y después de ese momento los planos de un gran reloj, que primero marca las 13hs y luego las 13:30hs. Media hora estricta de almuerzo en medio de una jornada laboral de catorce horas. De este modo, la película capta la fugacidad de esa pausa en medio del trabajo extenuante.

Los ojos intensos, los dedos apretando el pan con bronca contenida... ¿qué mira el obrero de la mirada penetrante?

Primera hipótesis: está mirando un reloj. Es, dentro de sus compañeros, el único que toma conciencia de que ese momento de distensión se está por terminar, de que los minutos están contados, de que la campana está por sonar para empujarlos de nuevo al trabajo interminable...

La hipótesis nos convence a medias. Es algo desoladora y el cuadro transmite una sensación diferente. Profundicemos.

En su obra cumbre, *El Capital*¹, Karl

¹ Marx, K. (2009), *El Capital: el proceso de producción del capital*. Siglo XXI, Buenos Aires.

El diario El Mercurio [22/11/1902], refleja el alcance de la huelga general en el barrio de Barracas.





Marx distingue diversas formas a través de las que la burguesía logra incrementar la explotación obrera. Al aumento de la productividad o la mayor intensidad del trabajo los denomina *plusvalía relativa*, mientras el mecanismo más directo, el incremento del tiempo del trabajo, constituye la *plusvalía absoluta*. El aumento de la plusvalía absoluta se basa centralmente en la extensión de la jornada laboral, pero no es su única variable. Marx recoge testimonios de inspectores fabriles que por ejemplo describen que: (...) el fabricante tramposo hace que el trabajo comience un cuarto de hora antes de las 6 de la mañana y lo finaliza un cuarto de hora después de las seis de la tarde. De la media hora permitida nominalmente para el desayuno retacea 5 minutos al principio y otros tantos al final y 10 minutos al principio y otros 10 al final de la hora otorgada nominalmente para el almuerzo. Estos "hurtos menores" del capital -continúa Marx-, que retacean el tiempo destinado

a la alimentación y el descanso del obrero, también son denominados por los inspectores fabriles "mezquinas raterías de minutos", "escamoteo de minutos" o como lo denominan técnicamente los obreros "picotear y birlar a la hora de las comidas". Marx agrega luego el revelador informe de otro inspector: "Si usted -me confió un fabricante muy respetable- me permite hacer trabajar tan sólo diez minutos de sobretiempos por día, me pone en el bolsillo mil libras anuales (...) *Los átomos del tiempo son los elementos de la ganancia*". La lucha en torno al tiempo de trabajo estuvo a la orden del día desde el afianzamiento del capitalismo moderno. Y como vemos, no abarcaba sólo el reclamo por la reducción de la jornada laboral sino incluso por el respeto de los tiempos de trabajo durante esa jornada. Los ojos prendidos fuego, las pestañas inmóviles, las cejas con una rigidez severa ¿qué mira entonces el obrero de la mirada

penetrante? Segunda hipótesis: mira el reloj, pero para custodiar que no les roben ni un minuto de descanso. Está en guardia. No le preocupa el tiempo que viene sino el posible hurto del tiempo que queda. Ese momento les pertenece y no va a aceptar que les birlen ni un instante. Tiene un pañuelo rojo. Collivadino pinta en una época donde se lucha a muerte por el tiempo de trabajo. Al retratar la hora del almuerzo, captura esos pocos minutos de distensión que el obrero le arrebató al patrón, minutos en los que le vuelven la luz y el color. Rescata ese momento fugaz del tiempo de trabajo agotador que ocurre antes y después. En ese sentido, *La hora del almuerzo* no es sólo un cuadro luminoso y alegre sino un cuadro esperanzador. Esperanza que late en la sonrisa del obrero que ríe pero también en la mirada penetrante del obrero que la custodia.

Fotogramas de *I compagni* (1962)

